

85-C

447

FESTIVAL

CELEBRADO EN EL

TEATRO REAL DE MADRID

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1921

PARA SOLEMNIZAR LA

FIESTA DE LA RAZA

MADRID, 1921

IMP. MUNICIPAL

FESTIVAL

CELEBRADO EN EL

TEATRO REAL DE MADRID

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1921

PARA SOLEMNIZAR LA

FIESTA DE LA RAZA



MADRID

Imprenta Municipal.

1921

FESTIVAL

celebrado en el

TEATRO REAL DE MADRID

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1921

en conmemoración de

FIESTA DE LA RAZA



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Alocución del Excmo. Sr. Alcalde Presidente al vecindario de Madrid.	7
Programa del festival.	9
Discurso del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura, Conde de la Mortera.	11
¡A ESPAÑA! poesía de D. Luis G. Urbina.	23
Leída por la señora doña Virginia Fábregas.	
Canto a LA TIZONA , de los Sres. Godoy y López Alarcón.	25
Leído por D. Enrique Borrás.	
¡A ESPAÑA! de D. José de Diego.	27
Leído por D. Ricardo Calvo.	
EL HIMNO DE LOS BOSQUES , de D. Manuel José Othan.	29
Leído por D. Ricardo Calvo.	
A ROOSEVELT , de Rubén Darío.	31
Leído por D. Ricardo Calvo.	
LA ANTORCHA DE LA RAZA , de D. Ramón Goy de Silva.	33
Leído por D. Ricardo Calvo.	

1492-1921

1291-2941

Alocución del Excmo. Sr. Alcalde Presidente al vecindario de Madrid

MADRILEÑOS:

La *Fiesta de la Raza* conmemora la fecha gloriosa del descubrimiento de América, acontecimiento quizá el más grande de nuestra Historia, honra imperecedera de la Patria.

La iniciación feliz de esta epopeya abre el gran ciclo de la edad moderna por mano de España, madre generosa que vierte en el amplio y hermoso continente americano los tesoros de su fe, de su idioma y de su civilización; sello inmortal con que nace al mundo la raza hispanoamericana, fuerte y generosa en el presente y cuyo progreso y excelsas virtudes son presagio de sus altos destinos en el porvenir de la Humanidad.

Los conquistadores, los propagandistas de la fe, los guerreros, los literatos, los monarcas que condensaron el movimiento americanista, la insigne Isabel, que trazó en su testamento los destinos de la raza, forman constelaciones en nuestros recuerdos que deben guiar a nuestro pueblo al trabajo, a la virtud y a la lucha por sus nobles ideales.

En esta fecha gloriosa, a la vez que consagramos los recuerdos de la Historia, debemos tender nuestra mano fraternal a las naciones americanas y juntos laborar por el porvenir de nuestro pueblo en bien de la Humanidad.

¡Salud a las naciones hispanoamericanas!

Casas Consistoriales de Madrid, 12 de octubre de 1921.

El Alcalde Presidente,

CONDE DE LIMPIAS

PROGRAMA DEL FESTIVAL

ORDEN DEL ESPECTÁCULO

PRIMERA PARTE

Fantasia de la zarzuela del Maestro Chapí, **LA REVOLTOSA**, por la Banda municipal, dirigida por el Maestro D. Ricardo Villa.

Primer acto de la comedia de D. Felipe Sassone, **A CAMPO TRAVIESA**, interpretado por la Sra. Pardo, el Sr. Hernández y demás artistas de la Compañía del Teatro Infanta Isabel.

Lectura por la eminente actriz mejicana, Virginia Fábregas, de una poesía escrita expresamente para este acto por el notable poeta mejicano, D. Luis Urbina.

Discurso del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura, Conde de la Mortera.

SEGUNDA PARTE

Selección de la ópera del Maestro Usandizaga, **LA LLAMA**, por la Banda municipal.

Segundo acto de la comedia de los Sres. D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero, **LA CALUMNIADA**, desempeñado por la notable actriz Margarita Xirgu, el Sr. Muñoz y demás artistas de la Compañía del Teatro Español.

Lectura de poesías por D. Ricardo Calvo, primer actor y director del Teatro Español.

TERCERA PARTE

EL PERICÓN, baile americano, ejecutado por ocho parejas de baile del Teatro Real, bajo la dirección de D. Vicente Carrión, del Teatro de Apolo.

Canto a **LA TIZONA**, de la expresada obra de los Sres. Godoy y López Alarcón, declamado por el eminente actor, D. Enrique Borrás.

APOTEOSIS, representada por las artistas del Teatro Reina Victoria.

PROGRAMA DEL FESTIVAL

ORDEN DEL ESPECTÁCULO

PRIMERA PARTE

Fantasia de la zarzuela del Maestro Chapí, LA REVOLTOSA, por la Banda municipal, dirigida por el Maestro D. Ricardo Villa.
Primer acto de la comedia de D. Felipe Sassone, A CAMPO TRAVIESA, interpretado por la Sra. Pardo, el Sr. Hernández y demás artistas de la Compañía del Teatro Infanta Isabel.
Lectura por la eminente actriz mejicana, Virginia Fábregas, de una poesía escrita expresamente para este acto por el notable poeta mejicano, D. Luis Urbina.
Discurso del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura, Conde de la Motera.

SEGUNDA PARTE

Selección de la ópera del Maestro Usandizaga, LA LLAMA, por la Banda municipal.
Segundo acto de la comedia de los Sres. D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero, LA CALUMNIADA, desempeñado por la notable actriz Margarita Xirgu, el Sr. Muñoz y demás artistas de la Compañía del Teatro Español.
Lectura de poesías por D. Ricardo Calvo, primer actor y director del Teatro Español.

TERCERA PARTE

EL PERICÓN, baile americano, ejecutado por ocho parejas de baile del Teatro Real, bajo la dirección de D. Vicente Carrón, del Teatro de Apolo.
Canto a LA TIZONA, de la esparsada obra de los Sres. Godey y López Alarcón, desempeñado por el eminente actor, D. Enrique Borrás.
AROTEOSIS, representación por las actrices del Teatro Real, Virginia

DISCURSO DEL EXCMO. SR. CONDE DE LA MORTERA

RECEIVED BY THE TOWN OF NEW YORK

SEÑORAS Y SEÑORES:

El encargo de resumir en unas cuantas palabras el espíritu y el alcance de la fiesta, que, con todo el mundo español, celebra hoy Madrid, era demasiado honroso para declinarlo. Cuando los organizadores de este acto me requirieron con ese propósito, no pude negar mi aceptación; la obediencia me exculpa, pero me esforzaré para no abusar de vuestra cortesía.

Perpetuo avivador de las energías colectivas.

Estas grandes solemnidades patrióticas, instituídas a semejanza de las de la Iglesia, pueden, como las religiosas, dar ocasión al fausto y a la pompa del culto, a la sana alegría del ánimo y al intenso y reflexivo recogimiento de la conciencia. Si la piadosa conmemoración queda reducida a rutinaria ceremonia, y su eficacia educadora se disipa entre nubes de incienso, flores de retórica y aclamaciones de entusiasmo fugaz, la indiferencia, precursora indefectible del hastío, borrará pronto del calendario cívico español, este homenaje anual a las glorias de la raza, que celebrado, en cambio, con fervorosa emoción de creyente, podrá llegar a ser perpetuo avivador de las energías colectivas, anudar robustos vínculos entre los dispersos miembros de la gran familia hispánica y simbolizar la más numerosa y más consistente comunión espiritual de cuantas existieron y existen en la tierra.

Fué explicable y aun obligado que esta Fiesta de la Raza tuviese en sus comienzos carácter casi exclusivo de piadosa vindicación filial. Colectivamente nos hallábamos por entonces en el más universal descrédito. Sabios pedantes y publicistas frívolos repetían a coro la leyenda de nuestra incapacidad congénita para todo empeño civilizador. España y las naciones por ella engendradas no se podrían redimir jamás de su incultura y

fanatismo atávicos, sino remedando con humildad de salvaje neófito, los ademanes, las fórmulas y las instituciones de los países que marchaban a la cabeza del progreso humano. Algunos compatriotas nuestros, que, a poca costa, se adjudicaron a sí propios título de pensadores, o cuando menos de intelectuales, hallaban más cómodo traducir en mejor o peor castellano, estas necedades extranjeras, que investigar por cuenta propia en la tupida frondosidad, nunca bastante escudriñada, de la vastísima Historia nacional. Y el encogimiento pesimista, adueñado del alma popular, nos persuadía a declararnos vencidos sin combatir, ante cualesquiera lides, así militares o diplomáticas, como económicas o científicas. En la abominable retórica del decadentismo el tropo predilecto era el sarcasmo contra la propia madre, y el género literario más en boga, la difamación envidiosa o rencorosa de los impotentes.

Aconteció que plumas extranjeras comenzaron a divulgar por el mundo el Evangelio de la fe hispánica, que en vano predicaban de tiempo atrás en Europa y América, unos cuantos beneméritos publicistas de origen español, allí como aquí desoídos y desdeñados. Nadie que sea medianamente culto, desconoce ya, ni menos niega, los timbres inmarcesibles de esta raza que descubrió y exploró medio planeta, que civilizó, y en gran parte pobló el Nuevo Mundo, y que en las Ciencias, en las Letras y en las Artes dió a la Humanidad obras, cuyos nombres, como los de sus autores, no se podrán borrar jamás de la memoria de las gentes.

La gran calumniada.

España sigue siendo, no obstante, la gran calumniada. Los denigradores suyos no repiten ya las falsedades históricas tan en curso durante el siglo XIX; pero comparan el pasado con el presente, y a la evocación de las glorias que ayer olvidaban o negaban, replican equiparándonos al hidalgo hambriento, arruinado por culpa suya, que encubre sus harapos con la desvaída púrpura del manto de ceremonia de sus mayores.

Hace pocos años, la complejísima red de intereses con que la civilización moderna ha logrado envolver el globo terráqueo, se trabó de modo que sólo pareció posible soltar sus nudos cortándolos con las armas. Todos los combatientes de esa conflagración gigantesca, mantenían de buena fe la

justicia de su causa peculiar, y con sinceridad no menor propendían asimismo a universalizar los fines últimos de la contienda, para persuadir a los neutrales del deber en que estaban de acudir en su auxilio.

No lo entendió de esta manera el pueblo español, y desde el comienzo hasta el término de la pasada guerra grande, mantuvo su convicción neutralista con firmeza tan inusitada y tan incommovible, que jamás se pudo temer, en serio, de gobernante ninguno, la osadía de contrariar con actos del poder público la casi unánime voluntad nacional.

Quede encomendado a la Historia el fallo definitivo sobre la conducta de cada cual en aquel trance; si bien los sucesos que estamos presenciando desde la firma de los que se convino en llamar Tratados de paz, permiten entrever desde ahora los razonamientos de ese fallo reservado a las generaciones venideras.

Es innegable, y lo recordáis todos, que aun dentro de nuestro país, cuanto más en el extranjero, la tenaz neutralidad española se interpretó como señal inequívoca de postración y decadencia. La Patria de Don Quijote, no era ya, por lo visto, sino la de Sancho Panza, para convertirse quizás, en día no lejano, en la de Ginesillo de Pasamonte.

Reivindicación espléndida.

La espléndida realidad actual contesta a aquellas injusticias, con la elocuencia irrefragable de los hechos, la cual halló ya fórmula feliz en los labios augustos de nuestro Rey, durante la solemne inauguración del curso universitario.

Cuando España ha sentido en peligro su honor y sus vitales intereses, cuando la santa causa de la seguridad y la independencia nacionales, reclamó el sacrificio de vidas y haciendas, y la aportación abnegada de las más variadas prestaciones, se ha repetido aquí el noble y consolador espectáculo que ofrecía años atrás la Europa beligerante, en que el grito férvido del amor patrio bastó para ahogar todos los cobardes requerimientos de la pusilanimidad y del egoísmo.

Importan poco el tamaño del escenario, la incultura del enemigo, que no merma en un ápice su denuedo, y la duración probable de la campaña. En las costas y en las tierras africanas, como ayer en los mares del mundo

y en los dilatadísimos frentes franceses o balcánicos, el dolor y la muerte acechan a los héroes; como ayer, también están hoy confundidos en las columnas combatientes todas las clases sociales, y mientras la juventud arriesga allí la vida por la Patria, la nación entera vibra al unísono con los que luchan, y la solidaridad del fervoroso amor a la madre común, hace hoy de los españoles, como hizo ayer de otros pueblos, un único Ejército, cuya retaguardia cívica merece el supremo elogio de ser declarada digna de la vanguardia beligerante.

Acertábamos quienes tuvimos siempre fe en las energías latentes de la raza, quienes nos negamos a juzgarla decadente, aun en los días trágicos en que, por culpa del desgobierno, se abatían sobre ella todos los infortunios. No era optimismo cándido o beatífico, ni menos todavía don profético, lo que preservó nuestra confianza, justificada *a posteriori* por los sucesos. Era la evocación de ejemplos históricos, que mostraban cómo cuando naciones hispánicas de uno y otro continente parecían más próximas al aniquilamiento por abyección, bastó emanciparlas de tutelas oprobiosas, para que un rebrote espontáneo de sus perennes virtudes les devolviese acrecentadas la salud, la prosperidad y la honra.

Nuestra gran culpa colectiva.

Pero si es error vulgar confundir el desmedro político, en que evidentemente se hallan los más de los países hispánicos, con la decadencia senil de las razas moribundas, sería puerilidad o absurda obcecación negar que las dos naciones de la Península Ibérica descendieron de la altura eminentísima que un día alcanzaron; que las repúblicas de hispanoamérica no ocupan tampoco en la jerarquía de las naciones contemporáneas el alto lugar que de pleno derecho les corresponde, y que, en fin, la dispersión en que todas ellas viven, sin concertarse jamás para la defensa orgánica de sus considerables y perennes intereses comunes, priva a cuanto se dice o escribe en nuestra lengua, así notas diplomáticas, como discursos políticos u obras literarias y científicas, de la eficacia y autoridad que logran fácilmente textos de otros idiomas, mucho menos difundidos que el español sobre la haz de la tierra.

He aquí nuestra culpa, nuestra grandísima culpa colectiva, de que de-

bemos acusarnos públicamente en este día memorable, para estímulo del dolor de corazón, que puede movernos a todos al firme propósito de la enmienda.

Los primeros, en héroes y mártires.

No serán menester grandes cavilaciones para señalar el origen del mal y la naturaleza del remedio. Si aisláis, en experiencia de laboratorio, cualquier episodio culminante de la gran historia de nuestra raza, bastará un somero análisis para que halléis en cada uno rastros evidentes de las más excelsas, de las más difíciles, de las más fecundas virtudes individuales.

Tienen todas las naciones del mundo sus héroes y sus mártires; pero el número y la magnitud de los nuestros, a uno y otro lado del Océano, no han sido superados ni igualados siquiera por las demás gentes en las edades moderna y contemporánea. En cambio, jamás, en ninguna gran empresa de españoles se vislumbra el plan orgánico, la preparación coordinadora de actividades dispersas para ahorrar esfuerzos inútiles o pérdidas innecesarias en sangre o en dinero. En la guerra, como en las restantes formas de la lucha humana, los españoles peleamos siempre en guerrilla, y si logramos las ventajas innegables de este género de combate, padecemos también sus múltiples inconvenientes.

La Historia de España e Hispanoamérica está tejida con nombres propios, hilos de oro, que le dan a distancia lujoso esplendor de brocado; pero examinad de cerca la trama y advertiréis muy pronto su endeblez y sus máculas.

Junto a cada cual de esos nombres gloriosos evocará vuestra memoria el de algún compatriota del héroe, muy poco o nada inferior a él en capacidad y aptitudes, que encarna, no obstante, a los ojos de la posteridad la envidia ruin, la ambición desenfrenada o la ingratitud desleal; y no es poco frecuente el caso de que el antipático personaje redima fealdades de la juventud con acciones heroicas, en jornada ulterior de su vida, cuando erigido, a su vez, en jefe, se ve libre del freno de la obediencia y de las trabas incómodas de la disciplina.

Porque cabalmente esta virtud de la obediencia disciplinada, es la que se echa de menos en cada una de las páginas de nuestra historia, al punto

de que el lector de ellas ha de lamentar a cada instante el loco despilfarro de energías a que perpetuamente parece condenarnos la incoherencia.

En las circunstancias de lugar y de tiempo propicias al despliegue de los individuales impulsos aislados, rara vez deja de culminar algún nombre español, y nuestro Siglo de Oro fué aquel en que se abrieron más cauces a la audacia y a la fantasía; en que la actividad física y la del ingenio hallaron ante sí más campos inexplorados donde expandirse. Pero a medida que las complejidades de la lucha por la existencia acrecentaron la importancia de la previsión, del método, del ordenado impulso colectivo, razas más aptas que la española para el ejercicio de esas virtudes, nos desposeyeron poco a poco de la primacía que en buena lid teníamos conquistada.

La obediencia humilde supera a la soberbia vencedora.

Hemos, en fin, llegado a tiempos en que la máquina (toda suerte de máquinas) suple y completa de tal modo la acción del hombre, que apenas se pueden imaginar expansiones de la personalidad individual, por geniales que sean, que no resulten cuando menos estériles; casi siempre nocivas también para el interés común. La Humanidad, con certero instinto, prodiga hoy a la obediencia humilde los homenajes mismos que reservó en otras edades a la soberbia vencedora.

Los estadistas, los caudillos militares, los organizadores de las grandes empresas económicas, todos los conductores de hombres, han menester ciertamente de un estado mayor apto y bien escogido, pero jamás obtendrán el triunfo si no cuentan con el concurso abnegado de la masa anónima, que ha de consistir en la renunciación voluntaria de cada personalidad, en el deliberado aniquilamiento de cada individuo para integrar el ser colectivo. Sacrificio tanto más meritorio cuanto que la tropa no es ya, ni en paz ni en guerra, la carne de cañón que en otros tiempos fué. Sus filas se nutren hoy, en gran parte, con inteligencias adiestradas en el cultivo de las más varias disciplinas científicas o artísticas, con voluntades que templó el ejercicio de los derechos políticos modernos. Y precisamente cuando leyes y costumbres contribuyen a exaltar al individuo, poco menos que al nivel de los soberanos antiguos, la Patria, necesitada de su esfuerzo, le impone, no

sólo el abandono de las actividades que le son gratas y del bienestar material que sus medios económicos le deparan, sino, además, la obediencia consciente y reflexiva, pero absoluta, a las órdenes que emanen de los depositarios de la autoridad pública, la sumisión del entendimiento y del albedrío. Y porque esta novedad singular es la característica del mundo contemporáneo, las naciones deseosas de rendir el debido tributo de gratitud a los héroes de la reciente epopeya, no la personificaron en los diplomáticos, ni en los estadistas, ni siquiera en los caudillos de la victoria, sino en el humilde soldado desconocido, en el oscuro combatiente que ofrendó a su Patria, junto con la vida, lo que desde que alientan seres humanos se estimó siempre en más que la existencia: el noble galardón de la fama, el derecho a vincular en el nombre propio o familiar el honor y la gloria merecidos y conquistados por el acto heroico.

La única aportación necesaria es la obediencia colectiva.

No le bastarán en lo venidero a la raza española las cualidades étnicas que un día cimentaron su grandeza; no le bastarán para medrar, ni acaso para subsistir. Conservarlas, como testimonios muy recientes acreditan que las conservamos, no implica mérito nuestro, sino don que viene de lo alto. La única aportación de las generaciones actuales digna de recompensa, porque nos impone el sacrificio de contrariar hábitos heredados y arraigados en cada cual de nosotros, es la disciplina colectiva, la renuncia a la perenne crítica estéril, la prontitud del ánimo para supeditar al bien general los desordenados impulsos individuales.

No tenemos siquiera los españoles la disculpa de la falta de ideal práctico, justificadora frecuente de perezas y desalientos. Sabemos de seguro que al término de nuestra posible regeneración, nos aguarda la espléndida recompensa del panhispanismo.

En el mundo de mañana las fronteras políticas podrán seguir señalando los límites a donde alcancen las soberanías respectivas; pero los pueblos que sin mengua, claro es, de la independencia política, no se agrupen además en organizaciones más amplias, y para fines más universales que los de la sociedad nacional que hoy conocemos, están condenados a sucumbir bajo la presión abrumadora del imperialismo.

El panhispanismo y el panamericanismo.

Agentes infantigables y persuasivos recorren a diario la América española predicando por dondequiera el falso evangelio panamericanista. Falso digo, porque sus propugnadores tienen bien demostrado que no aspiran al logro de una sincera confraternidad entre todos los pueblos de América, sino al solapado reconocimiento de la hegemonía de una gran república, sobre todas las demás del inmenso continente.

No es de temer que prevalezcan. Frente a ellos se alzan ahora, con vigor más entusiasta cada día, los prosélitos del panhispanismo, cuyas predicaciones no son sino el desenvolvimiento lógico de las fuerzas vivas de la Historia, la voz clamorosa de la sangre, la afirmación desinteresada de un hecho tan patente e indestructible como es la perpetua solidaridad de la raza.

Las naciones de origen hispánico se decidirán tal vez muy pronto, a buscar en la unión efusiva y fraternal con las demás hijas de la madre común, la fuerza misma que otros les ofrecen mediante artificiosas combinaciones diplomáticas o económicas. Llegada la hora, requerirán todas a España; y es estrecha obligación de buen español tener prevenida a nuestra Patria para la feliz realización de su glorioso destino.

No depende esa realización del hallazgo fortuito de estadistas geniales ni del azar de la fortuna, ni del esfuerzo ajeno, sino de la resuelta voluntad de cada cual de nosotros, del adiestramiento que para entonces hayamos logrado en la práctica, tan difícil aquí, de la disciplinada obediencia colectiva. Sólo se logrará, de seguro, si cada español se decide a emular, no tanto las glorias singulares de los grandes héroes del pasado, como la obscura abnegación del buen ciudadano desconocido.—(*Aplausos.*)



POESÍAS

POESIAS

¡A ESPAÑA!

ARENGA LÍRICA

de D. LUIS G. URBINA, poeta mejicano.

Leída por la señora doña VIRGINIA FÁBREGAS

Un día, bajo el arco de triunfo de la Historia,
pasaron, fieramente, vencido y vencedor:
dos razas, ya fundidas en un lampo de gloria;
dos iras, apagadas por un beso de amor.

Un día, en una tierra de virginal portento,
donde es más claro el aire y más pura la luz,
unas heroicas manos, con ademán violento,
de los antiguos dioses en el altar sangriento,
clavaron una espada y alzaron una cruz.

Un día, como alondra que enamoró un reflejo,
movió una joven india las flores de sus pies,
y se acercó a mirarse como en bruñido espejo,
en la coraza fúlgida del capitán Cortés.

Un día se cumplieron los divinos oráculos,
y los hombres de Anáhuac y los hijos del Sol,
tras hazañas sublimes y heroicos espectáculos,
unieron alma azteca y espíritu español.

Y así después del ímpetu del odio y de la saña,
por voluntad divina y en una hora triunfal,
del Nuevo Continente surgió la Nueva España,
como en abril se abre la rosa en el rosal.

Y he aquí que pasados los siglos, en un día
de efusión y de encanto, te canto, ¡madre mía!
en esta misma lengua de pureza de lis,
que el asombrado niño de México aprendía
de labios de los dulces misioneros de Asís.

He aquí que nacimos en el árbol longevo
y en su follaje somos cual una rama fiel,
y en el jardín de América, un florido renuevo
nutrido con la savia del español laurel.

¿Qué importa que los vientos las naves desarbolen?
Las fuerzas del destino por fin han de triunfar.
Con ansias fecundantes, cual misterioso polen,
voló el alma de Iberia por encima del mar.

¡Y fué la España pródiga! Jamás débil ni enteca
dió el grano de su trigo y el zumo de su vid,
y trasegó en la arcilla del ánfora tolteca
el vino generoso de la sangre del Cid.

¡Duerme tranquila, sombra del triste Moctezuma!
¡Serénate, fantasma del bravo Capitán!
¡Una sola es la raza, y una sola la pluma
en la diadema azteca y en el airón de Hernán!

El águila de Anáhuac, que libre emprende el vuelo,
da sus alas al viejo castellano león.
¡Una sola es la raza y uno solo el anhelo,
y uno solo el latido de un solo corazón!

El porvenir se alza cargado de preguntas;
mas nuestras costas, sobre la azul inmensidad,
se ven, como dos manos que ya estuvieron juntas,
y que se alargan como para estrecharse más.

España, entre tus brazos abrigo nos ofreces,
—en un fatal instante de angustias y de horror—.
¡Oh, madre augusta y noble, madre inmortal, tres veces
santa, por tu heroísmo, tu amor y tu dolor!

Tú llegarás. Tu espíritu alto, sereno y fuerte
va con el nuestro y juntos se les verá vencer;
triunfarás del olvido, de la envidia y la muerte,
y cumplirás tranquila tu misión y tu suerte..
¡En tu horizonte hay brillos como de amanecer!

Y un día, bajo el arco de triunfo de la Historia,
pasarás con tus hijas en eterno loor;
ellas irán en coro, cantando tu victoria,
con las frentes nimbadas por la luz de tu gloria
y endulzados los labios con tu beso de amor.



Canto a LA TIZONA

de los Sres. GODOY Y LÓPEZ ALARCÓN.

Leído por D. ENRIQUE BORRÁS

Caudal el más querido,
de todo caballero bien portado,
que se mira servido
y se siente esforzado
si lleva su tizona en el costado...
Del Tajo en la ribera,
por un rayo de sol fuiste forjada:
garra de un alma fiera
en mil muertes cebada
y de otros mil aceros cortejada!
Aliento de Castilla,
siempre, en la tierra y en el mar, triunfante,
por ti de nuevo brilla
mi estrella rutilante,
norte, guía y amor del navegante!
En medio de mis penas
fuiste mi único amor. Hechas pedazos
saltaron mis cadenas
siempre por tí, y mis brazos,
limpiáronte de orín a cintarazos!...

Recia espada sangrienta
por el aliento de mi fe bruñida,
que hoy me miras sedienta
de la sangre vertida,
rojo manjar que es fuente de la vida.
Esposa del guerrero,
fuerte y pura; jamás torpe mancilla
manchó tu limpio acero,
en cuyo espejo brilla
el alma inmaculada de Castilla.
Cuando pierda mi brazo
las fuerzas de titán con que me alientas,
tú abrirás mi regazo,
oleadas sangrientas
dará mi corazón sobre tu lazo
y las dos almas en estrecho abrazo
hacia otras luchas volarán sedientas!



¡A ESPAÑA!

de JOSÉ DE DIEGO, poeta portorriqueño.

Leído por D. RICARDO CALVO

I

A través del Atlántico desierto,
veo tu imagen, que la niebla esfuma,
rígida hundirse entre la blanca espuma,
Cristo yacente en el sepulcro abierto.

¿Has muerto?—Sí.—Como Jesús has muerto,
para surgir con la potencia suma...
¡Bajo la sombra, que a tu cuerpo abrumba,
tu espíritu inmortal brilla despierto!

¿Quién celebra en América tu muerte?
¿Quién maldice el altar de tu memoria?
¿Cuál de tus hijos te injurió con saña?

¡Ah, miserable ciego, que no advierte,
como un río de luz sobre la historia,
la mirada de Dios guiando a España!

II

Guíate al bien, al porvenir dichoso,
con la enseñanza del dolor: tu llanto
es un nuevo bautismo, tu quebranto
es redención y tu quietud reposo.

¡Término al sacrificio generoso,
la cruz es una escala al cielo santo,
y el último gemido empieza el canto
de la ascensión, el renacer glorioso!

¡Oh, madre de naciones! Llega el día
de tu imperio feliz: de tu alma oriundos,
cien pueblos glorifican tu destino...

¡Y, centro de la luz y la armonía,
gira hacia ti, como hacia el Sol los mundos,
el Universo de tu sol latino!



EL HIMNO DE LOS BOSQUES

FRAGMENTO

de MANUEL JOSÉ OTHAN, poeta mejicano.

Leído por D. RICARDO CALVO

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta, la campánula morada
se desarraiga de la roca enhiesta;
pero en la honda selva estremecida
no deja aún de palpar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
en el espacio rojo y encendido
se oye a los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus hondas voces.
Las palomas zurean en el nido;
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña;
las ramas secas quiebranse al ligero
salto de las ardillas, su chasquido
a unirse va con el golpe bronco
del pintado y nervioso *carpintero*
que está en el árbol taladrando el tronco;

y las hondas armónicas desgarran,
con desacorde son, el chirriante
metálico estridor de la cigarra.

Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris; zumba la mosca,
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su crótalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca...

El intenso calor ha reseca
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van, y al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crustula crujiendo.

En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sonos arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura,
sobre la alfombra de tupida hierba.



A ROOSEVELT

de RUBÉN DARÍO, poeta nicaragüense.

Leído por D. RICARDO CALVO

Es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman
que habría que llegar hasta ti, ¡cazador!
primitivo y moderno, sencillo y complicado
con un algo de Wáshington y mucho de Nemrod.
Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos o asesinando tigres,
eres un Alejandro Nabucodonosor.
(Eres un Profesor de energía
como dicen los locos de hoy).

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
que en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir de un león.
Ya Hugo a Grant, lo dijo: Las Estrellas son vuestras.

(Apenas brilla alzándose el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
juntáis al culto de Hércules el culto de Mamnon;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Más, la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzhualcoyelt,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la atlántica
cuyo nombre nos llega resonando en Platón
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume y de amor,

la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor;
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive
y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del león español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
el riflero terrible y el fuerte cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!



LA ANTORCHA DE LA RAZA

de RAMÓN GOY DE SILVA, poeta español.

Leído por D. RICARDO CALVO

Esta antorcha, oh buen padre, que me das encendida,
juro llevarla ardiendo hasta el fin de mi vida,
y cuando ya no pueda sostenerla mi mano,
si un hijo no tuviere, la entregaré a un hermano.
Hablo de parentescos de raza y de ideales
¡fraternidad sagrada!..., y en carreras triunfales
del Viejo al Nuevo Mundo, de un ocaso a una aurora,
llevaremos fervientes la antorcha guiadora.
Luz sabia del pasado, que alumbrará al futuro...
¡Nuestra antorcha es el faro del pensamiento puro!
España, madre heroica de pueblos victoriosos,
da su antorcha perenne, de reflejos gloriosos,
a sus hijos de raza que hacia la nueva era
unánimes se lanzan en juvenil carrera
y el futuro enigmático, que al vencedor aguarda,
¡para la raza hispánica sus maravillas guarda!

